PESCANDO ABALONES

ÎNFO: PARLO PITA

Me despierto sobresaltado por un ruido infernal, algo así como si una grulla con graves problemas mentales se hubiera tragado uno de aquellos primeros módems externos. Tardo bastante en darme cuenta de dónde estoy y de por qué me siento tan terriblemente cansado.

Después de uno de los viajes más largos que uno puede sufrir en avión, mis amigos y colegas biólogos Jeremy Prince y Adrian Hordyk me han recogido en Melbourne, al sur de Australia, para conducir durante otras cuatro horas hasta Port Fairy. Un paseo para ellos en esta enorme isla donde los desplazamientos no se miden en kilómetros, sino en horas de conducción. Port Fairy está en la costa del estado de Victoria. "El sitio donde estar", según el lema del estado.

Miro por la ventana del apartamento para tratar de identificar el origen del escándalo. No ha amanecido aún, pero la escasa luz que se filtra por las ventanas me permite vislumbrar un pájaro blanco y negro, del tamaño y apariencia aproximada de un cuervo. El maldito bicho se debe de

AUSTRAL!A

MELBOURNE PORT FAIRY

Jeremy y Adrian pasan a buscarme para ir a desayunar, nos sentamos en la terraza de una coqueta cafetería del centro de Port Fairy, una de las localidades más antiguas de Australia. En el transcurso del corto paseo hasta la cafetería contabilizo un total de siete pajarracos más, mirándome de manera descarada. No son tan escasos, pienso para mí, recordando el zapato.





Planeamos la jornada mientras me peleo con una porción de tarta que podría alimentar a una familia durante un mes. Primero nos reuniremos con Peter Ridle, un buceador local que le ha pedido a Jeremy que le eche un vistazo a sus arrecifes de abalones. Jeremy lleva años trabajando con pesquerías de invertebrados en Australia y otros lugares del mundo. De hecho, Jeremy es un antiguo pescador de estas grandes orejas de mar y por ello conoce de primera mano la ecología de este importante recurso marino. Después asistiré a la reunión anual entre los buceadores de abalones del oeste de Victoria (WADA) y los biólogos del Ministerio de Pesca. En la reunión deberán llegar a un acuerdo respecto de las cuotas de pesca para el año que viene. Si no lo alcanzan, el Ministerio hará prevalecer su propio criterio.

Los más de 500 cv del barco de Peter nos hacen volar sobre las olas y en poco tiempo alcanzamos los arrecifes que Jeremy va a evaluar. Cuando él termina y sube de nuevo al barco, es mi turno. El agua es de un aguamarina intenso y no está fría. Mi única preocupación son los tiburones blancos. No es que abunden, pero en esta zona se capturó el mayor tiburón blanco de la historia de Australia. Bucearé con suministro de aire superficie, así que mi rango de acción se verá muy limitado por la longitud de la manguera. Antes de arrojarme sobre la borda miro alrededor de reojo, buscando una aleta en la superficie. Me zambullo. –Toc, toc, ¿hay alguien en casa?

Peter me ha pedido que le suba tres abalones grandes. Jeremy subió algunos hace un rato, pero no cree que vayan a ser suficientes. Quiere que los pruebe para ver que me parecen. El lastre del chaleco que me ha prestado Peter no me permite más que reptar por el fondo, pero logro hacerme una idea de cómo es el ambiente de los arrecifes en el que viven los abalones. No es tan distinto de las familiares aguas de Galicia, excepto por los tiburones, claro. Capturo los tres moluscos y subo al barco.

De vuelta en tierra, Peter cocina los abalones en su bonita casa, muy cerca del mar. Salteados con ajo, perejil y aceite. Previamente los golpea con una maza de madera para que estén tiernos. Tres veces. Ni una más ni una menos. Su sabor, un tanto vago, me recuerda al de la sepia. Después de todo los dos son moluscos. Pero en el mercado asiático valen su peso en oro, así que el total de la producción comercial se destina a la exportación.



En 2012 se capturaron 40 toneladas. Ahora los buceadores quieren aumentar las capturas en un 40% y flexibilizar el rígido reparto por arrecife, agrupando las cuotas de varios arrecifes de manera que puedan escoger dónde recolectar, según sus preferencias. De esta manera esperan repartir el esfuerzo de pesca y evitar presionar en exceso algunos de los arrecifes.

Llegamos cuando la reunión acaba de empezar y se respira un ambiente de tensión contenida. Los miembros del Ministerio de Pesca informan sobre el estado de las pesquerías. Sentados alrededor de una amplia mesa escuchan atentamente los propietarios y buceadores. Las diapositivas repletas de gráficos y tablas se suceden mientras el biólogo del Ministerio explica su contenido. Parte de la información sobre la pesquería proviene de muestreos realizados por científicos, pero la mayor parte procede de los propios buceadores. Cuando el Ministerio termina su exposición, la tensión de la sala es palpable. Ahora es cuando comienza el juego. Cada uno debe mostrar sus cartas y aprovechar el momento más idóneo para realizar su jugada.



Me sorprende la manera constructiva con que se suceden las distintas intervenciones. La postura de la WADA es homogénea, no hay voces discrepantes. Eso les otorga fuerza, pero el Ministerio también sabe jugar sus bazas. Punto muerto. Jeremy se levanta. Pide una pizarra, escribe los nombres de los arrecifes y después traza una flecha detrás de cada nombre. El espacio vacío tras la flecha se rellena en un momento de cifras, toneladas por cuota. Todos intervienen de forma ordenada mientas se borran cifras, se suman, se dividen y se escriben otras nuevas. Finalmente llegan a un consenso. No habrá un aumento de la cuota, pero los buceadores pueden repartir las cuotas de los arrecifes según su propuesta.

Para sortear el restringido horario de apertura de los bares australianos, algunos establecimientos optaron por autodenominarse hoteles para disfrutar de un horario de apertura más amplio. La ley que rige la apertura de los bares se ha relajado con el tiempo, pero algunos establecimientos de bandera continúan llamándose hoteles. La tensión de los asistentes se ha relajado según avanzaba la discusión sobre el reparto de cuotas. Una vez logrado el acuerdo final, nos vamos a terminar de disiparla en el Hotel Stump, uno de los más antiguos de Australia. El ambiente es de total camaradería. Contemplo a los biólogos, pescadores y políticos disfrutando juntos de sus cervezas y copas de vino, charlando animadamente, y pienso que ha sido un gran día.

Después de una opípara cena, los más animados nos reunimos en la terraza de nuestro verdadero hotel, acompañados por unas cuantas botellas de buen vino australiano. Harry Peters, el secretario de la WADA, me pregunta mi opinión sobre el proceso. –Chicos, me siento orgulloso de vosotros– le digo. Brindamos.

DE BUCEO EN EL OESTE

 \bigoplus

Al día siguiente volamos a Perth, la capital del estado de Australia occidental, la ciudad más aislada del mundo. Aquí la gente hace su vida en una estrecha franja de costa, huyendo del Outback, el abrasador desierto interior. Tim Winton, uno de los escritores australianos de mayor éxito, explica que "en el oeste vivimos de espaldas a tierra, pero con el mar en la mirada". Aislados y cercados por el desierto, la relación de la población con el mar es necesariamente muy estrecha, pero es también por ello que aquí todo el mundo tiene una historia de tiburones que contar. Las avionetas y helicópteros de la shark patrol zumban por encima de las cabezas de bañistas, surfistas y navegantes cada pocos minutos. Pero, tal y como me comenta Jere-

V: A:IES

my en su barco de camino a nuestra zona de inmersión, más que por razones de verdadera eficacia, se trata de generar confianza.

El ancla aún no ha tocado fondo en las cercanías de Rottnest Island, una pequeña isla muy popular como destino turístico, cuando Jeremy, mitad persona, mitad mamífero marino, ya está en el agua con su fusil de pesca. Yo me demoro un tanto con Adrian poniéndome el pesado equipo bajo un sol de justicia. Abajo me tienta una prometedora agua turquesa, aunque relativamente fría por la influencia de la corriente de Australia occidental. Aquí se da una interesante mezcla de fauna y flora debido a la influencia de la corriente de Leeuwin, opuesta en sentido y temperatura a la anterior. Por ello, en este lugar se pueden contemplar corales conviviendo con bosques de macroalgas pardas.

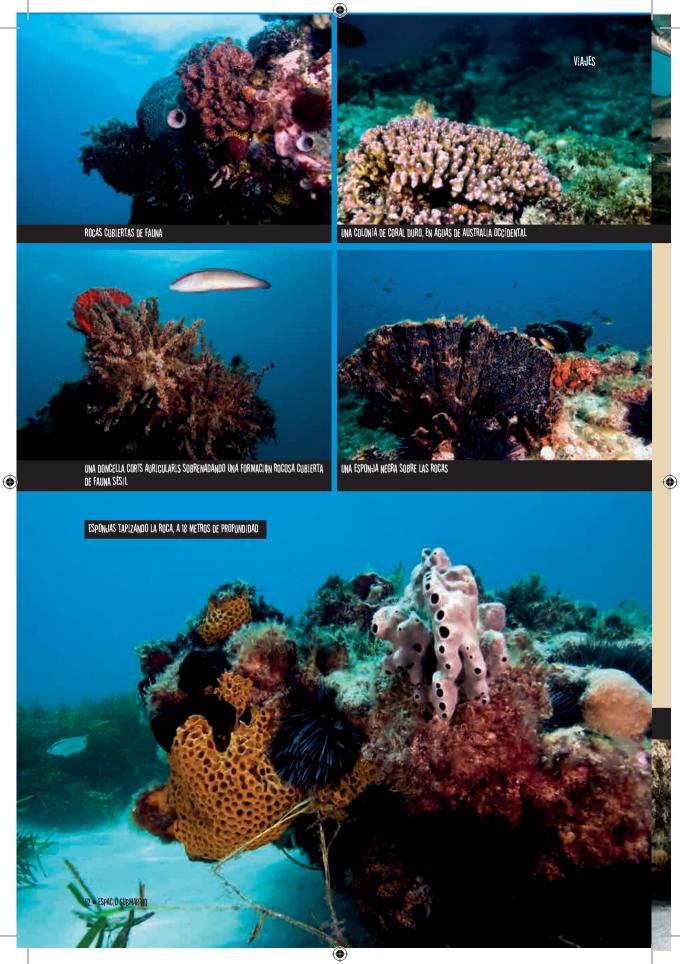
En el fondo arenoso bajo el barco me da la bienvenida un gran ejemplar de tiburón wobbegong, perteneciente a una familia casi exclusiva de estas aguas. Se trata de un tiburón muy tranquilo, que permite acercarse a él a placer. Nada que ver con sus primos, los grandes blancos que abundan en estas aguas. Mientras Jeremy se queda pescando cerca del barco, Adrian y yo exploramos las rocas calcáreas de caprichosas formas que caracterizan el paisaje submarino de





UN HERMOSO EJEMPLAR DE TIBURÓN WOBBEGONG ORECTOLOBUS SP., DESCANSANDO JUNTO A UN AFLORAMIENTO Rocoso en la costa de australia occidental



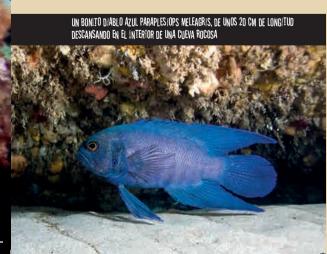




esta área de Australia. El exterior de las numerosas cavernas está dominado por bancos de enormes sargos búfalo, que entran y salen de las oquedades a modo de grandes obuses plateados.

No me gusta adentrarme en las cuevas, ni siquiera las terrestres, pero por esta vez haré una excepción porque Adrian me ha explicado que los diablos azules suelen esconderse en ellas durante el día. Estos peces sólo pueden verse en estas aguas, así que reúno coraje y me acerco a la entrada de una de las cuevas más amplias. La abertura, de unos dos metros de diámetro, está quardada por un banco de bonitas colas de golondrina, que se separan cual la cortina de antiguo teatro para dejarme paso. Iluminándome con la linterna de mi flash submarino mientras me habitúo a la penumbra, me demoro junto a un pez cofre mientras las abigarradas antenas de las langostas acarician mis aletas.

Compruebo mi manómetro. 80 bares. Suficiente. Mientras trato de no tocar las paredes de la cueva para no dañar a los corales blandos me adentro un poco más para doblar un saliente rocoso que me impide el paso. El saliente me fuerza a pasar cerca del techo y mientras intento que la grifería de la botella no







ESPACIO SUBMARINO • 53

LOS BANCOS DE COLÁS DE GOLONDRINA CENTROBERYX LINEATUS AGUARDAN A LA NOCHE

EN LA SEGUR[®]DAD DE LAS CUEVAS





choque contra la roca, vislumbro con el rabillo del ojo una mancha negruzca cerca del fondo. Enfoco la linterna y con un fogonazo un precioso pez azul eléctrico se destaca contra el inmaculado fondo coralino. ¡Un diablo azul! Lo contemplo embelesado un buen rato, mientras pienso que ha merecido la pena superar mis temores y explorar la caverna.

Una vez fuera, y antes de volver al barco, me recreo en una soleada pradera de hierbas marinas y contemplo los bancos de juveniles que juguetean entre las hojas. Cerca de ellos tengo la suerte de ver un banco de vistosas viejas viudas, otra de las especialidades locales. Finalmente busco la cadena del ancla y subo a su lado sin poder evitar pensar en que hace seis meses un buceador murió aquí devorado por un gran blanco mientras rea-

lizaba una parada de descompresión. Salto a cubierta, donde Jeremy nos espera desde hace un rato, levantamos el ancla y nos dirigimos a nuestro segundo punto de inmersión.

Tras apenas unos minutos de navegación nos detenemos al lado de una boya oceanográfica de un amarillo brillante, ya con el sol besando el horizonte. Mientras preparamos los equipos, linternas incluidas, Jeremy comenta desenfadadamente que estamos junto a la boya australiana con mayor número de detecciones de marcas en tiburones blancos. Me lo pienso mientras parpadeo y les propongo atropelladamente que nos vayamos tranquilamente a disfrutar de unas bien merecidas cervezas. Todos coincidimos, así que levamos anclas y nos vamos derechitos al primer hotel que encontramos.

